

Joan Robinson "Kalecki y Keynes"

Fuente: *Essays in Honour of Michał Kalecki*, 1964

Es difícil explicar en la actualidad cuál era el estado del pensamiento económico ortodoxo en el mundo capitalista de los primeros años de la Gran Depresión. En Inglaterra había ya un alto nivel de desempleo aun antes de que la depresión mundial sobreviniera. Lloyd George realizaba, en 1929, su campaña a favor de un programa activo de obras públicas. Como respuesta, la alta burocracia británica sostenía la "tesis del Tesoro" de que si el gobierno pedía prestado, digamos, cien millones de libras para emplear hombres en la construcción de caminos y actividades similares, habría una reducción equivalente en la inversión extranjera y, por lo tanto, globalmente no se produciría ningún aumento en el empleo. En 1931, el gobierno británico fue conducido a la ruina por su creencia de que era necesario tener un presupuesto equilibrado para poder salvar la paridad externa de la libra.

El pensamiento académico se mantenía serenamente abstraído de los problemas de la realidad. El profesor Robbins, en medio de esa situación de desempleo y de capacidad productiva ociosa, continuaba definiendo a la economía como "la ciencia que estudia el comportamiento humano como una relación entre fines y recursos limitados que tienen usos alternativos".⁴

De acuerdo con la teoría entonces comúnmente aceptada, el nivel de precios estaba determinado por la cantidad de dinero, pero, la posibilidad de que la depresión pudiera ser, en consecuencia, mitigada por un aumento en el medio circulante, sólo se le ocurría a uno que otro desorientado: La corriente ortodoxa sostenía que esa medida provocaría una peligrosa inflación. Los marxistas criticaban a los académicos pero compartían su fe en los principios de las "finanzas sanas".

En medio de esta bruma, Keynes andaba a tientas en búsqueda de una teoría del empleo. Ya anteriormente había apoyado a Lloyd George con el argumento —sólo vagamente expresado— de que un aumento en la inversión generaría un aumento en el ahorro y que, por lo tanto, un préstamo gubernamental no implicaba una reducción de la inversión extranjera.⁵ Ahora,

encaminaba a su joven discípulo R. F. Kahn para que desarrollara dicha tesis a fondo.

Durante las sesiones del comité Macmillan sobre moneda y banca, Keynes fue convenciéndose de la falacia del argumento, comúnmente aceptado entonces, de que una reducción de la tasa del salario monetario, restablecería el nivel deseado de beneficios para la empresa puesto que al bajar los costos, los precios disminuirían en aproximadamente la misma proporción. Pero en su gran *A Treatise on Money* (1930), su mente trabajó en otro plano, y no produjo en él una teoría del empleo. Aportó, sin embargo, la muy significativa idea de que un incremento en la inversión sin el correspondiente incremento en la propensión al ahorro (como lo expresaríamos actualmente) aumenta las ganancias, mientras que un aumento en la propensión al ahorro sin el correspondiente aumento en la inversión, las reduce.

En el continente europeo, incluyendo por supuesto a Polonia, la bruma de la ortodoxia era más espesa que en Inglaterra. Solamente en Suecia los discípulos de Wicksell trataban de descubrir una nueva orientación. En su *Equilibrio monetario*, publicado en sueco en 1931, Gunnar Myrdal se mofaba de Keynes por su "atractivo y anglosajón tipo de originalidad innecesaria", pero él mismo no se libraba por entero de la bruma.

A Treatise on Money fue entregado a los impresores en septiembre de 1930, y el artículo de Kahn apareció en *Economic Journal* en junio de 1931. Este último desarrollaba el análisis del multiplicador —la relación entre un incremento inicial en el empleo provocado por la inversión y el incremento total de empleo que esto desencadenaría— y demostraba también cómo el aumento en el ingreso que acompaña al incremento en la inversión provoca un incremento en el ahorro de igual magnitud. Esas ideas provocaron, durante 3 años, una gran batalla académica.

En 1933 yo publiqué algo así como un informe interino que despejaba el terreno para el surgimiento de la nueva teoría, pero que no la proporcionaba.⁶ No fue hasta el verano de 1934

⁴ *Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, 1932.
⁵ J.M. Keynes y H.D. Henderson, "Can Lloyd George Do It? "

⁶ "The Theory of Money and the Analysis of Output", *Review of Economic Studies*.

cuando Keynes logró integrar en un sistema coherente su teoría del dinero y de los salarios con el multiplicador de Kahn.

En enero de 1935, Keynes escribió a Bernard Shaw: "... tiene usted que saber que creo estar escribiendo un libro sobre teoría económica que revolucionará en gran medida —supongo que no inmediatamente, pero sí en el curso de los próximos diez años— el modo de pensar del mundo acerca de los problemas económicos."⁷ *La Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* fue publicada en enero de 1936; mientras tanto, en forma absolutamente independiente, Michal Kalecki había encontrado la misma solución.

En su libro *Proba Teorii Konjunktury* (Ensayo sobre la teoría del ciclo económico), publicado en polaco en 1933, Kalecki desarrolla claramente, en forma matemática, el principio de la demanda efectiva. Al mismo tiempo, exploraba ya las implicaciones de este análisis sobre el problema de la balanza de pagos de un país, siguiendo aquella línea de pensamiento que yo había utilizado (en mis ensayos publicados en 1937) para guiar a los lectores de la *Teoría general*. La versión en prosa de su teoría, publicada en *Polska Gospodarcza*, núm. 43, de 1935, muy bien podría servir hoy como una introducción a la *Teoría general* de Keynes.

Kalecki comienza por atacar a la teoría ortodoxa en su punto más vital —la idea de que el desempleo pudiera combatirse reduciendo los salarios monetarios. Demuestra (un punto que los keynesianos no desarrollaron hasta mucho más tarde y bajo su influencia) que si elementos monopolísticos impiden la baja de precios al caer los salarios la situación se agravará puesto que la disminución del poder de compra provocará a su vez una baja en las ventas de bienes de consumo, es decir, que márgenes de utilidad más elevados no representan utilidades mayores.

Una vez destruido el argumento para remediar la depresión por la vía ortodoxa, Kalecki demuestra cómo un incremento en la inversión, derivado, por ejemplo, de una gran innovación, aumentará el empleo. Concluye entonces que si la inversión puede aumentarse espontáneamente, también puede hacerlo a través de una política gubernamental deliberada, instrumentando programas de inversión que no se llevarían a cabo en otras circunstancias, sino sólo con el fin de disminuir el desempleo y aumentar, al mismo tiempo, el consumo.

El plantemamiento de la teoría hecho por Kalecki evita el problema de la igualdad entre el ahorro e inversión, que tanto nos importunó. El simplemente se funda en el hecho de que la cantidad desembolsada en inversiones contribuye a engrosar las utilidades en un monto equivalente. También cruza con facilidad otra área en la que Keynes topó con fuerte oposición, al dar por hecho que el tipo de interés es un fenómeno monetario. Cuando la inversión, el ahorro y el ingreso aumentan paralelamente, es necesario que también aumente la oferta de medios de pago. De otra manera el tipo de interés aumentaría, lo cual constituiría una traba para la inversión.

Kalecki no se aproxima a su teoría del empleo por medio del multiplicador, lo cual hace su versión un tanto menos rica que la de Keynes, aunque no menos vigorosa. Por otra parte, se enfocó directamente hacia una teoría del ciclo, en la que Keynes no se interesó. En el ensayo mencionado hay una clara formulación, en unas cuantas líneas, del mecanismo de ajuste del acervo de capital, reconocido actualmente como la base de todos los modelos modernos del ciclo.

La primacía en la publicación de la teoría corresponde en forma indiscutible a Michal Kalecki. Este, con apropiada dignidad de sabio (rasgo desgraciadamente poco común en el gremio), nunca mencionó el hecho. En realidad, salvo en lo que atañe a los autores directamente involucrados, no reviste particular interés saber quién fue el primero en publicar su obra. Lo interesante es que dos pensadores, partiendo de posiciones intelectuales y políticas completamente distintas, hayan llegado a las mismas conclusiones. Para los que estábamos en Cambridge fue un gran alivio. Cercados por una gran falta de comprensión, hubo momentos en que casi llegamos a preguntarnos si seríamos nosotros los que estábamos locos y no los otros. En las ciencias puras, el trabajo original debe constituir un "hallazgo": encontrar relaciones que siempre estaban ahí, listas para ser reveladas. Que esto también sucediera en la economía era una prueba de que lo que habíamos descubierto en realidad existía.

Recuerdo bien mi primera entrevista con Michal Kalecki —un extraño visitante que no solamente estaba ya familiarizado con nuestras teorías más recientes, sino que también había inventado ya algunos de nuestros chistes privados. Me daba la sensación de una obra de Pirandello: ¿era él realmente el que hablaba o era yo? Leyendo su artículo de 1935 vuelvo a recibir la misma impresión. En varias ocasiones, en aquella época, escribí ese mismo artículo —aunque con menor vigor— tratando de explicar a Keynes mediante conceptos simples.

Kalecki tenía una gran ventaja sobre Keynes: nunca tuvo que aprender la economía ortodoxa. El prefacio a la *Teoría general* concluía así: "Las ideas aquí desarrolladas tan laboriosamente son en extremo sencillas y deberían ser obvias. La dificultad reside no en las ideas nuevas, sino en rehuir las viejas, que entran rondando hasta el último pliegue del entendimiento de quienes se han educado en ellas, como la mayoría de nosotros".

Kalecki no fue educado en esta tradición. La única economía que él había estudiado era la marxista. Keynes nunca pudo descifrar a Marx. En la carta a Shaw citada anteriormente, sostiene que su nueva teoría va a hundir el piso bajo los pies de los marxistas. Pero de haber tomado a Marx como punto de partida, se hubiera evitado muchos problemas. Kahn, en el "circo" donde discutimos el *Treatise*, en 1931, explicando el problema del ahorro y la inversión, imaginaba un cordón alrededor de las industrias de bienes de capital y, a partir de ahí, estudiaba el intercambio entre éstas y las industrias de bienes de consumo. Estaba en realidad esforzándose por redescubrir el "esquema" marxista. Kalecki comenzó en ese punto.

II

En sus *Ensayos sobre la teoría de las fluctuaciones económicas*, publicados en inglés después de que había pasado ya algún tiempo en Inglaterra, Kalecki pudo llenar algunos huecos en la formulación keynesiana de la teoría del empleo.

En el esquema de Keynes, el concepto de la eficiencia marginal del capital implica que, en todo momento, hay una serie de proyectos de inversión realizables, clasificados en orden descendente según sus perspectivas de rentabilidad (tomando en cuenta el elemento "riesgo"). La curva que refleja esta serie de alternativas se "corta" en el punto en que la tasa anticipada de utilidad neta es igual a la tasa de interés pagadera por el financiamiento. Así se determina el valor total de la inversión que va a efectuarse. Kalecki se hizo la pregunta pertinente: ¿no es verdad que mientras existan proyectos que permitan una tasa de utilidad superior a la tasa de interés, cada empresa individual estará dispuesta y ansiosa de efectuar un monto indefinido de

⁷ R. F. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, FCE, México, 1958, p. 530.

inversiones? No era satisfactorio responder que un ritmo de inversión más rápido aumentaría el costo de los bienes de capital, por lo tanto, reduciría la tasa anticipada de utilidades, puesto que el aumento en costos provendría de inversiones efectivamente realizadas, *ex post*, mientras que la eficiencia marginal del capital se refiere a planes de inversión *ex ante*.

Kalecki proporcionó la respuesta, haciendo clara la distinción entre decisión de inversión e inversión efectuada y señalando el hecho obvio de que a una tasa de interés dada ninguna empresa individual tiene acceso a un monto infinito de financiamiento. Además, traspasó el elemento "riesgo", que el esquema keynesiano sitúa en forma un tanto incómoda del lado de la demanda, al lado de la oferta, y postuló que el monto de financiamiento que cada empresa individual destina a la inversión es una función creciente de la tasa anticipada de utilidades, dependiendo de la proporción que guarde la deuda con el capital. En consecuencia, con una distribución dada de capital entre las empresas, existe una relación específica entre el monto total de planes de inversión concebidos en un momento dado y el nivel anticipado de utilidades.

El segundo problema radicaba en que Keynes, aun cuando él mismo concedía gran importancia a la idea de que se sobreestima el presente cuando se adopta una visión del futuro, consideraba su curva de utilidad anticipada como si fuera independiente de la tasa real de inversión. Kalecki demuestra cómo un nivel de inversión durante un año dado, superior al del precedente significa un nivel mayor de beneficios reales y, en consecuencia, una tasa anticipada de utilidades más alta, planes de inversión más ambiciosos y para el año siguiente una tasa de inversión mayor. La elevación del ritmo de inversión no puede prolongarse indefinidamente. Cuando su tasa cesa de aumentar, el nivel de utilidades corrientes también deja de hacerlo. Pero la capacidad productiva instalada, tiene que ir compitiendo progresivamente con mayor intensidad en las ventas. La tasa de ganancias está, por lo tanto, decayendo y el auge se frena. La prosperidad nunca es duradera. "La tragedia de la inversión es que de su utilidad se derivan las crisis". Concluye su argumento con la frase mordaz. "Sin duda mucha gente pensará que esta teoría es paradójica, pero no es la teoría lo que es paradójico sino el sujeto mismo: la economía capitalista".

El tercer punto en el que Kalecki ata los cabos sueltos de la *Teoría general*, es el aspecto de la relación entre los precios y la tasa de los salarios. Keynes se fundaba en una vaga interpretación del concepto "marshaliano" de la competencia, con rendimientos decrecientes a corto plazo, de tal suerte que, según él, un aumento en el empleo resulta en una baja de los salarios reales de los trabajadores. Kalecki, integrando su original explicación de la relación entre la política monopolística de precios y el empleo con el análisis de la competencia imperfecta (entonces en su apogeo), produjo su famosa teoría a corto plazo de la distribución, en la cual la participación de los salarios en el valor del producto depende del "grado de monopolio".

Se ha criticado este planteamiento sosteniendo que es puramente circular, puesto que si el grado de monopolio se define como la proporción del beneficio bruto en el valor del producto, esto es idéntico (bajo los presupuestos enumerados) a la unidad menos la participación de los salarios. La circularidad, sólo aparente, radica en la manera como el argumento está planteado. Cuando por grado de monopolio nos referimos no al nivel *ex post* de beneficios brutos, sino a la política de precios de las empresas, entonces en período de recesión, cuando las unidades de producción están trabajando por debajo de su capacidad, es acertado decir que si las empresas persiguen una política competitiva, bajarán sus precios para vender más; los salarios reales

serán más altos y la utilización de la capacidad productiva mayor que si se persigue una política monopolística, manteniendo, o aun aumentando, los márgenes brutos de ganancia.

Estas enmiendas ya han sido incorporadas en el pensamiento keynesiano, pero pocos, en la presente generación de "keynesianos", se detienen para preguntarse cuánto deben a Kalecki y cuánto a Keynes. En todo caso, como Kalecki fue el primero en aceptarlo, la "Revolución keynesiana" de la economía académica occidental puede denominarse así con justicia, ya que sin el amplio prestigio de Keynes, sus brillantes dotes polémicas, y sobre todo su posición dentro de la ciudadela ortodoxa en la que fue educado, las murallas del oscurantismo hubieran tardado mucho más tiempo en horadarse.

III

Para Kalecki, la interpretación política de la nueva teoría fue muy distinta de las implicaciones "moderadamente conservadoras" que Keynes derivó de ella.

Keynes estaba profundamente disgustado con el capitalismo de su tiempo por razones morales y estéticas, pero no era de ninguna manera un socialista. Después de haber demostrado que construir pirámides o cavar hoyos y llenarlos mantendría la demanda efectiva e impediría una caída de la producción útil, añade: "no es sensato que una comunidad racional se contente con depender de este tipo de atenuantes fortuitos y antieconómicos, una vez que se han comprendido los factores de los cuales depende la demanda efectiva". El pensó, o por lo menos se permitió tener la esperanza, de que una vez comprendida la nueva teoría, el capitalismo se reformaría. Si la situación de pleno empleo se pudiera mantener durante una generación por medio de la inversión útil (sin que la población creciera mucho) la pobreza se desvanecería y la tasa de interés bajaría tanto que el ingreso inmerecido dejaría de ser una carga sobre la economía. Sólo el trabajo honrado y la especulación imaginativa recibirían su recompensa de la sociedad. (Hemos visto una situación cercana al pleno empleo sostenerse en el mundo occidental de la posguerra, no como consecuencia de inversiones útiles, sino en forma más tonta y menos inofensiva que cavando hoyos, por medio de la acumulación de armamentos. Se ha demostrado que el análisis keynesiano es correcto, pero su sueño placentero se ha transformado en una pesadilla.)

Kalecki tenía una visión menos romántica. En un artículo escrito durante la guerra,⁸ predijo que habiéndose entendido ya las causas del ciclo económico, surgiría en su lugar un ciclo político. Los gobiernos seguirían políticas de ocupación plena, realizadas por medio del déficit presupuestal. Cuando prevalece esta situación los precios van en aumento y la posición negociadora de los trabajadores se ve fortalecida. "En estas condiciones, es muy probable que se forme un bloque poderoso de grandes empresas y rentistas a los que no les sería difícil encontrar a más de un economista para certificar que la situación se ha vuelto manifestamente inconveniente". El retorno a las "finanzas sanas" creará nuevamente una situación de desempleo. Pero a medida que la próxima elección se aproxime el Gobierno volvería a una política de empleo para atraerse votos.

El régimen del "ciclo político" sería una manera artificial de restablecer la situación prevaleciente en el capitalismo del siglo XIX. El pleno empleo sólo se lograría en la cúspide del auge, pero las depresiones serían moderadas y breves. Esta es

⁸ "Political Aspects of Full Employment", *Political Quarterly*, núm. 4, octubre de 1943, pp. 322-331.

una asombrosa predicción de la vida en el mundo occidental de la posguerra. (Ahora, que hasta un gobierno conservador en Inglaterra acepta la necesidad de planificar, puede estar a punto de iniciarse una nueva fase).

Después de la guerra, Michal Kalecki ha concentrado su atención en la aplicación de la teoría al diagnóstico de la evolución actual del mundo capitalista y a los problemas de planificación en el mundo socialista. Pero en la nueva ola de teoría en

IV

Cambridge, preocupada con los problemas del crecimiento a largo plazo, su influencia sigue haciéndose sentir. Sus ensayos contenían tanto una teoría de la distribución a corto plazo, relacionada con el grado de monopolio, como otro enfoque a largo plazo, basado en el principio de que "los trabajadores gastan lo que reciben, y los capitalistas reciben lo que gastan". De aquí se desprende la idea de que la tasa de ganancia del capital está determinada por la tasa de acumulación y la propensión al ahorro de los capitalistas. Kaldor ha llamado a esto la teoría keynesiana de la distribución, puesto que aparece este esbozo en el *Treatise* pero como la *Teoría general* misma, esta corriente tiene una fuente independiente en Kalecki.